

## Límites, realidades y apremios de América Latina

**P**ensar el futuro de América Latina es pensar en su historia trazada por el compromiso de pensadores, políticos y ciudadanos, orientada hacia la búsqueda de una sociedad solidaria y competitiva, respetando y fortaleciendo la diversidad cultural. Esa ha sido la trayectoria latinoamericana, un prolongado movimiento social que explora caminos de autodeterminación y soberanía de sus naciones.

El pensamiento económico y social latinoamericano nació con esa mística y tuvo el mérito de generar una valiosa aportación a la teoría económica general, al sentar las bases de la concepción de la economía estructuralista impulsada por la Comisión Económica de América Latina (CEPAL) en los años cuarenta, justamente la década en la que nacen las teorías del desarrollo.

La teoría económica estructuralista reconoce que América Latina se integra a la economía del mundo de manera subordinada y que las grandes asimetrías entre los países latinoamericanos y los países centrales generan una transferencia mayor de valor –de los primeros hacia los segundos– en las transacciones comerciales, empeorando los términos de intercambio. Semejante situación los descapitaliza progresivamente, generando condiciones de subdesarrollo. Es decir, si bien se registró un crecimiento, éste avanzó muy lentamente y de manera insuficiente para cubrir las necesidades de su población.

Políticos, empresarios, trabajadores y pensadores, desde la década de los cuarenta hasta finales de los setenta, confluyeron en la *tesis central dominante*: ampliar el mercado interno incorporando a la población a un modo de producción basado en la sustitución de importaciones manufactureras, que como impulsor de la productividad gradualmente conduciría a otros sectores productivos y a la nación en su conjunto hacia etapas avanzadas de modernización.

Este modelo permitiría gradualmente eliminar el desequilibrio externo del proceso de sustitución de importaciones, daría sustentabilidad a la economía ampliando el mercado interno e incrementando los



**Trayectorias**

Año VI, Núm. 16

septiembre-diciembre de 2004

ingresos salariales y permitiría un crecimiento dinámico de la inversión. En este modelo, el Estado jugaría un papel destacado como promotor del desarrollo y garante del proteccionismo, así como del proyecto de justicia social. Fue al mismo tiempo la propuesta de un Estado orientado a la planificación e impulso de políticas públicas.

La historia de esos años confirma la asertividad de la tesis latinoamericanista. El crecimiento económico tenía una condición orgánica que vinculaba la inversión con la expansión del mercado interno y el mejoramiento del nivel de vida de la población. Fue la época del proyecto del *desarrollo autónomo* y del *Estado populista* fuertemente consolidado en los países de mayor desarrollo como México, Brasil, Argentina y Chile, cuyos supuestos “milagros económicos” posteriores inducirían ese modelo de desarrollo al resto del subcontinente.

Esos cuarenta años de crecimiento sostenido, de estados populistas y de “milagros económicos”, fueron el resultado de la planeación de políticas públicas orientadas a superar la *condición del subdesarrollo* y lograr un posicionamiento autónomo en el contexto de la economía internacional. No obstante, esta estrategia de desarrollo avanzó de manera desigual en el conjunto de los países latinoamericanos. Cada uno con su propia historia —económica, políti-



ca y social— configuró su destino nacional peculiar. Hubo quienes desarrollaron de manera sobresaliente la industrialización periférica; en otros, el desarrollo industrial fue incipiente, mientras algunos, principalmente los centroamericanos, siguieron basando su economía en el sector primario. Sin embargo, en todos los países existió un común denominador: el desarrollo, a pesar de sus tendencias dinámicas y distributivas, no fue suficiente para llevar los beneficios a todos los sectores más pobres. Consecuentemente, la acumulación de demandas sociales incumplidas, los retos de inversión creciente que el modelo de sustitución

de importaciones iba progresivamente demandado y la ausencia de reformas institucionales, explican que, en el ámbito político, se desarrollara un proceso perverso de golpes militares en América Latina que dejó como resultado que para mediados de los años setenta México, Venezuela, Colombia y Costa Rica fueran los únicos países gobernados por civiles. Esta dramática realidad constituía un referente importante de los grandes retos que aún enfrentaba el subcontinente latinoamericano.

En este contexto, por encima de las grandes transformaciones, la subordinación de América Latina a la economía mundial fue aumentando. Para

finales de la década setenta la dinámica del modelo de sustitución de importaciones requería de volúmenes mayores de inversión para transitar por procesos de modernización industrial y sentar las bases para el desarrollo del modelo de industrialización secundario exportador, es decir, diversificando las exportaciones orientadas hacia las manufactureras. Para atender estas exigencias del desarrollo, los gobiernos latinoamericanos aprovecharon la sobreliquidez del sistema financiero internacional que ofrecía préstamos a bajas tasas de interés en la década de los setenta. Cuando en 1979 aumentan las tasas de interés en Estados Unidos, se concreta el abandono de las políticas keynesianas –y con ello las tesis de la CEPAL– y el comienzo de las políticas neoliberales regidas por los principios del mercado. Este cambio, para los países deudores latinoamericanos, tuvo posteriormente consecuencias negativas y a principios de la década de los ochenta estalló la crisis financiera en muchos países de la región, mostrando con toda su crudeza la crisis internacional de la deuda externa y del modelo de sustitución de importaciones.

La historia subsiguiente es ampliamente conocida. Cartas de intención del Fondo Monetario Internacional en donde los países se comprometieron a la aplicación de políticas de austeridad, a cambio de recibir nuevos préstamos destinados fundamentalmente a cumplir con el servicio de la deuda externa. De esta manera, el pensamiento económico estructuralista latinoamericano dejó de ser vanguardia y perdió su liderazgo a principios de los ochenta. Todas las políticas de *planeación* para el desarrollo se volvieron obsoletas ante la emergencia de un pensa-



miento conservador que coloca en el centro de las relaciones económicas el funcionamiento de las leyes del mercado, desplazando estudios serios y dedicados a la comprensión de la historia, las asimetrías existentes, los problemas sectoriales, la situación social y las formas de integración de los países latinoamericanos a la economía del mundo. Así se ingresaba a principios de los ochenta –en

franca desventaja– a la etapa de la globalización y con ella a la liberalización comercial, financiera y laboral, a la vez que se adelgazaba el Estado del bienestar.

Aunado a estos cambios económicos, surge el correlato en el ámbito político de una nueva configuración de la sociedad. Es decir, el nuevo modelo económico de apertura internacional regido por el mercado, para su óptima instrumentación en el área requería de estrategias de *liberalización política* que permitieran la transición de regímenes autoritarios estructurados en dictaduras militares que tipificaban la década de los ochenta en América Latina, hacia formas de gobierno abiertamente democráticas. Se trataba de adecuar la relación Estado-sociedad hacia una nueva realidad socioeconómica que implicaba el abandono de las políticas proteccionistas, el retraimiento del Estado en el quehacer económico y la reducción de las políticas sociales del Estado del bienestar.

El resultado en los ochenta, tanto de la liberalización económica como de la transición política, fue una década perdida para América Latina, tal como lo definió la CEPAL: fue de crecimiento cero, de pérdida adquisitiva de los salarios y de distribución regresiva del ingreso. Fue también la década de escasez de divisas, de altas tasas de interés, de macro-



devaluaciones e hiperinflación. En este período se presentó una profunda contradicción: la liberalización comercial y de capitales se volvía inoperante. ¿Quiénes tendrían interés de invertir y arriesgar sus capitales en condiciones de hiperinflación e inestabilidad cambiaria? ¿Cómo garantizar el rendimiento y retorno de los capitales?

A finales de los ochenta, el *Consenso de Washington* emerge como una plataforma estratégica para reequilibrar la situación latinoamericana orientada fundamentalmente a lograr el control de la inflación y la estabilidad cambiaria. Para ello, se recurrió a utilizar la tasa de cambio como ancla para controlar la

inflación, pervirtiendo así la política monetaria. Esta política tuvo diferentes expresiones según los países. Por un lado, un conjunto de países utilizaron el control de la tasa de cambio de manera flexible, salvaguardando su soberanía monetaria. Por el otro, un número más reducido asumió la *convertibilidad* monetaria respecto al dólar en un marco de absoluta rigidez, dolarizando la moneda local y perdiendo soberanía y política monetarias.

Sin embargo, el resultado de esta política para los países latinoamericanos tuvo como consecuencia el control de la hiperinflación y las macro-devaluaciones, así como el regreso al crecimiento económico, aunque a tasas muy por debajo de las registradas en la década de los setenta. Empero, este *nuevo modelo de inserción de la globalización* ocasiona otros problemas a las naciones latinoamericanas. En primer lugar, la apertura comercial tiende a generar un fuerte déficit comercial, obligando a los países a aumentar las tasas de interés para captar flujos de capital en cartera con el fin de equilibrar la balanza de pagos. Esto alivia la situación momentáneamente, como ocurrió en México en 1993. Sin embargo, el fuerte flujo de divisas internacionales impulsa la apreciación de las monedas locales con la consecuencia de que todos los esfuerzos de modernización tendientes a aumentar la competitividad se debilitan en la medida que la sobrevaluación de las monedas locales encarecen las exportaciones y abaratan las importaciones. El círculo vicioso se incrementa: las exportaciones disminuyen, las importaciones aumentan, el déficit comercial se incrementa y, cuando los inversionistas en cartera se preocupan y se vuelven cautelosos, los gobiernos inducen políticas de recesión para reequilibrar la balanza de pagos y evitar la fuga de capitales. Sin embargo, el escenario está constituido y preparado para el desenlace de la devaluación como ocurrió en México en 1994 y en Brasil en 1998.

Una vez que se supera el límite financiero con la combinación de la devaluación y la ayuda financiera internacional para garantizar los pagos de inver-

sión en cartera; que el servicio de la deuda externa impulsa el crecimiento, pero sobre las estructuras del mismo modelo; y que la presión externa regresa en virtud del aumento de las importaciones y la salida de capitales, la crisis reaparece pero con mayor brutalidad. Tal es el caso de la crisis de Argentina en el año 2002, con el agravante de que la convertibilidad de la moneda despojó al gobierno de la flexibilidad de su política monetaria y, ante la necesidad de sostener la paridad peso/dólar para evitar fugas de capitales, el desenlace fue enorme sumergiendo a la población en una crisis sin precedentes. Cabe señalar que esta tragedia económica y social fue agravada por una desmedida corrupción institucional.

La historia reciente de América Latina nos indica que ya no es necesario seguir con las recurrentes crisis económicas para aprender la lección de identificar las necesidades estructurales de cambios en el modelo de desarrollo. Queda claro que el escenario de estas crisis repetitivas y la posición límite a la que los países latinoamericanos han llegado nos enfrenta a la inevitable realidad de un tránsito hacia un *modelo económico alternativo*. Sin embargo, esto no ha ocurrido y la historia parece sugerirnos que sólo ocurrirá si las crisis económicas recurrentes se acompañan de una *crisis política* con vocación alternativa, tal como está sucediendo en Argentina, cuyo testimonio presentamos en este *Dossier*. 🐦

